



La oposicion que existia entre los suecos de una parte, y los daneses y los noruegos por otra, fué el principal obstáculo á la consolidacion de la Union de Colmar. La poderosa nobleza sueca rehusó obedecer á unos principes, que eran considerados como extranjeros y que residian casi siempre en Dinamarca. La Union no tuvo, pues, el resultado que podia esperarse: sabiduría y prudencia de Margarita, que conservó una gran autoridad sobre su sobrino Eric X, en cuyo nombre y para cuya gloria habia gobernado ántes. Larga guerra de sucesion en el ducado del Schleswig, que se habia hecho independiente del reino de Dinamarca. Eric interviene para reunir de nuevo el ducado á la corona; pero no lo consigue y se lo entregó por fuerza al duque Adolfo de Holstein (1435). Aumenta los impuestos y los hace recaudar con gran rigor en los tres reinos por recaudadores dinamarqueses. Insurreccion de los labradores suecos, iniciada por Engelbert (1434). La nobleza nombra regente á Carlos Cuntson Boudé (1436). Insurreccion de los daneses. Eric es depuesto y Cristóbal II elegido (1440). Eric muere veinte años despues en la isla de Rugen. Los noruegos y los suecos reconocen á Cristóbal II y la union se restablece (1442). Rómpease de nuevo á la muerte de Cristóbal II (1448). Los suecos entregan la corona á Carlos VII Cuntson, que de pronto es reconocido tambien por los noruegos. Los daneses eligen rey al duque Cristiern de Oldemburgo, quien despues de sobornar á los noruegos (1450), empieza la guerra contra Carlos VII, que se ve obligado á huir á Dantzig (1457). La Union se restablece así: Cristiern I impone impuestos formidables para pagar los ducados del Schleswig y del Holstein, que habia comprado ántes: insurreccion de los labradores suecos. Llamamiento á Carlos VII, que defiende su trono contra Cristiern I, merced á la bravura de dos señores, Sten y Niels, que pertenecen á la poderosa familia de los Sture. Despues de su muerte (1470), Sten-Sture es nombrado regente del reino, y rechaza todos

los ataques de Cristiern I. Fundacion de las universidades de Upsal (1477) y de Copenhague (1479). Ivan I restablece la Union de Colmar (1483), admitiendo siempre la regencia de Sten-Sture. Una parte de la nobleza, descontenta del regente, alza bandera por Swante-Sture, hijo de Niels, y llama al rey Juan. Sten-Sture, rodeado y seguido por los labradores, queda derrotado y se somete al rey (1497). Una regencia de cuatro individuos queda nstituida por Ivan. Nueva rebelion de la nobleza, que devuelve á Sten-Sture el título de regente (1501). Rebelion de Noruega contra el rey Ivan, que la contiene por medio de su hijo Cristiern (1502). Los suecos rechazan un ataque del príncipe danés. Muerte de Sten-Sture (1503); le sucede Swante-Sture en calidad de regente. Continúa la guerra contra Dinamarca. Divisiones entre la nobleza sueca: Eric Trolle se pone á la cabeza del partido danés: Swan-Sture lo derrota y pacta una alianza con la liga hanseática y los rusos, y lega su poder á Sten-Sture el Joven (1512). Muerte del rey Ivan (1513).

Cristiern II negocia un armisticio con Sten-Sture (1517). Este último hace destituir por una Dieta general á Gustavo Trolles, arzobispo de Upsal, hijo de Eric y partidario del rey de Dinamarca, y ordena la confiscacion de sus bienes. Esta medida ilegal y violenta provoca la intervencion del papa, que lanza su interdicto contra Suecia, y encarga la ejecucion de la sentencia á Cristiern II (1520). Sten-Sture el Joven perece en una batalla contra los daneses. Degüello de Stockolmo, ordenado por el rey de Dinamarca; insurreccion general en Suecia. Gustavo Wasa se pone á la cabeza de los insurgentes y se apodera del poder. Despues apostata y abraza la reforma por odio al alto clero, y sobre todo, á Gustavo Trolles. Violencias de Cristiern II en Dinamarca; abandona tambien el catolicismo; la nobleza y el clero le destronan (1523). Federico II asciende por eleccion unánime al trono, y se hace protestante. Union eterna entre la Noruega y Dinamarca.

CAPÍTULO VI.

España: Las victorias de D. Jaime y D. Fernando.—Alhama, rey de Arjona, pone sitio al castillo de Márto, y es forzado á levantarle.—D. Jaime y D. Fernando hacen preparativos para continuar la guerra contra los moros.—Los moros de Granada alzan por su rey á Alhama, y los de Murcia á Hudiel.—Los cristianos se apoderan de muchos pueblos y castillos en Andalucía.—Los grandes tratan de hacer apartar el matrimonio del rey con pretexto de parentesco.—D. Alonso su hermano, ayudado de los nobles, se apodera del reino, y el rey y la reina se retiran á Galicia.—D. Alonso se casa con doña Beatriz, hija bastarda del rey D. Alonso de Castilla.—Muere el rey D. Sancho en Toledo.—Coimbra se rinde á D. Alonso.

Los dos reyes de España, D. Jaime y don Fernando, como quier que ántes fuesen esclarecidos y excelentes entre los demas por sus grandes virtudes y valor, comenzaron á ser más nobles y afamados despues que ganaron á Córdoba y á Valencia. Los pueblos y las ciudades daban gracias inmortales á los santos, por las cosas que dichosamente se habian acabado: trocaban en pública alegría el cuidado y congoja que tenian del suceso y remate de las guerras pasadas. Los capitanes y soldados con tanta mayor vigilancia ejecutaban la victoria, y de todas maneras apretaban á los vencidos: recatábanse otrosí no les sucediese alguna cosa contraria y algun reves, ca no ignoraban que muchas veces despues de la victoria el suceso de las guerras se trueca y se muda todo en contrario. Los principes extranjeros, do era llegada la fama de tan grandes hazañas, con embajadas que enviaron daban el parabien de la buena andanza á los reyes, y exhortaban á los nuestros que, por el camino comenzado no dejasen de apretar á los moros que se iban á despeñar y acabar. Todavía por un poco de tiempo se dejaron las armas, y se aflojó en la

guerra á causa que el rey de Aragon concedió por un tiempo treguas á los moros, y poco despues pasó á Montpellier.

Asimismo el rey D. Fernando en Búrgos se ocupaba en celebrar un su nuevo casamiento. Doña Berenguela, con el cuidado que tenía como madre, no estragase el rey con deleites deshonestos el vigor de su edad en que estaba, dado que al juicio de todos no habia persona ni más santa ni más honesta que él, procuró se hiciese el dicho matrimonio. Doña Juana, hija de Simon, conde de Potiers y de Adeloide su mujer, nieta de Luis, rey de Francia, y de doña Isabel, hija de D. Alonso el emperador, vino traida de Francia para casalla con el rey D. Fernando. Deste matrimonio nació D. Fernando, por sobrenombre de Potiers, y sus hermanos doña Leonor y D. Luis. El rey, concluidas las fiestas, y con deseo de visitar el reino, trujo á la nueva casada por las principales ciudades de Leon y de Castilla: visitaba con esto sus estados. Tenía costumbre de sentenciar los pleitos y oirlos, y defender los más flacos del poder y agravio de los más poderosos. Era muy fácil á dar entrada á quien le queria ha-



blar, y de muy grande suavidad de costumbres. Sus orejas abiertas á las querellas de todos. Ninguno por pobre, ó por sólo que fuese, dejaba de tener cabida y lugar, no sólo en el tribunal público y en la audiencia ordinaria, sino aun en el retrete del rey le dejaban entrar. Entendia, es á saber, que el oficio de los reyes es mirar por el bien de sus súbditos, defender la inocencia, dar salud, conservar, y con toda suerte de bienes enriquecer el reino; como sea no sólo del que manda á los hombres, sino tambien del que tiene cuidado de los ganados, procurar el provecho y utilidad de aquellos cuyo gobierno tiene encomendado.

Con este estilo y manera de proceder no cesaba de granjear la gracia y voluntades, así de los de Leon como de los castellanos. Llegó á Toledo, de donde envió suma de dinero á Córdoba por tener aviso que los nuevos moradores de aquella ciudad, por falta de la labranza de los campos y por la dificultad de los tiempos, padecian mengua de mantenimientos, y por esta causa corrian peligro. Costaba una hanega de trigo doce maravedís, la hanega de cebada cuatro, lo cual en aquel tiempo se tenia por grandísima carestía. Fueron estos tiempos extraordinarios, pues sin duda se halla en las historias que el año siguiente de mil doscientos treinta y nueve hobo dos eclipses del sol; el uno á tres de Junio, que fué viérnes, se oscureció el sol á medio día como si fuera de noche, eclipse que fué muy señalado; el segundo á veinticinco del mes de Junio, como lo dice y lo afirma Bernardo Guidon, historiador de Aragon; mas parece hobo engaño en este segundo eclipse, y no va conforme á los movimientos de las estrellas, pues no pudo caer la conjuncion de la luna y del sol en aquellos días, sin la cual nunca sucede el eclipse del sol; ni aun la luna, despues que se aparta del medio del Zodiaco y de la línea eclíptica por do el sol discurre, y en que es necesario estén las luminarias cuando hay eclipse (de que tomó el nombre de eclíptica), no torna á la misma antes de pasados seis meses, poco más ó ménos. Plinio señala en particular que el eclipse de la luna no vuelve antes del quinto mes, ni el del sol antes del seteno.

Demas desto fué aquel año desgraciado para Castilla por la muerte de dos varones muy esclarecidos: éstos son D. Lope de Haro, á quien sucedió su hijo D. Diego, y D. Álvaro de Castro, por cuyo esfuerzo se mantuvieron los nuestros en el Andalucía. Este caballero, visto el aprieto en que se hallaban las cosas, se partió para Toledo á verse con el rey, que con otros cuidados parecia descuidarse de lo que tocaba á la guerra. Concluido esto, ya que se volvía, en el mismo camino murió en Orgaz. Á la sazón que D. Álvaro se ausentó, cincuenta soldados que quedaron de guarnicion en el castillo de Mártos, salieron dél á robar, y por su capitan Alonso de Meneses, pariente de D. Álvaro. Alhamar, que en lugar de Abenhut nombraron por rey de Arjona, como entendiese lo que pasaba y la buena ocasion que se le ofrecia, puso cerco á aquel castillo. La mujer de D. Álvaro, que dentro se hallaba, en aquel peligro tan de repente hizo armar á sus mujeres y criadas, y que tirasen de los adarbes piedras contra los moros y diesen muestra de que eran soldados: con este ardid se entretuvieron hasta tanto que Alonso de Meneses y sus compañeros, avisados del peligro, acudieron luego. Era dificultosa la entrada en el castillo por tenelle los enemigos rodeado: animóles Diego Perez de Vargas, ciudadano de Toledo, y por su orden apretado su escuadron y cerrado, pasaron por medio de sus enemigos con pérdida de pocos. Entrados en el castillo, fueron causa que se salvase, porque los que estaban cercados se animaron con su ayuda y con esperanza de mayor socorro, que entendian les acudiría. El rey moro, por salille vana su esperanza, y forzado de no ménos falta de vituallas, alzó el cerco.

Pusieron estos negocios en gran cuidado al rey, que consideraba cuántas fuerzas le faltaban por la muerte de dos capitanes tan señalados, cuánto atrevimiento habian cobrado los moros. Por esta causa desde Búrgos, donde era ido con intento de llegar dinero para la guerra, á grandes jornadas se partió para Córdoba. Llevó consigo á sus hijos D. Alonso y don Fernando, mozos de excelentes naturales y de edad á propósito para tomar las armas. El padre, como sagaz, pretendia que los primeros



principios y ensayos de su milicia fuesen en la guerra contra los infieles enemigos de los cristianos. Pretendia otrosí con el uso de las armas despertar su esfuerzo y hacellos hábiles para todo. En el mismo tiempo el rey D. Jaime fué á Montpellier para ver si podia juntar algun dinero de aquellos ciudadanos para la guerra, de que tenia no ménos falta que la que en Castilla se padecia. Deseaba asimismo sosegar los moradores de aquella ciudad, que andaban divididos en bandos, castigando á los culpados: lo uno y lo otro se hizo. El rey moro Alhamar juntó á los demas Estados que tenia el señorío de Granada, con voluntad de aquellos ciudadanos, ciudad poderosa en armas y en varones, y que por la fertilidad de sus campos no tiene mengua de cosa alguna. Este fué el principio del reino de Granada, que duró desde entónces hasta el tiempo y memoria de nuestros abuelos. En Murcia, por odio que tenían á Alhamar, los ciudadanos alzaron por su rey á uno llamado Hudiel, ocasion de que se comenzaron las enemistades graves, y para aquella gente perjudiciales, que largo tiempo se continuaron entre aquellas dos ciudades.

Los moros de Andalucía cansaban á los nuestros con rebates; valíanse de engaños y celadas, sin querer venir á la batalla; al contrario, diversas compañías de soldados, enviados por el rey D. Fernando, en tierra de los enemigos se apoderaban de castillos, pueblos y ciudades, cuándo por fuerza, cuándo por rendirse de su voluntad, en particular sujetaron al señorío de cristianos á Écija, Estepa, Lucena, Porcuna, Marchena (los antiguos la llamaron Martia), Cabra, Osuna, Baena. Los pueblos menores que se ganaron no se pueden contar, ni aun entónces se pudiera hacer cuando la memoria estaba fresca: parte dellos se dió á las órdenes de Santiago y de Calatrava y á los obispos que acompañaban al rey para ellos y sus sucesores, pero tambien se entregaron en particular á los grandes y caballeros. Los moros por estas pérdidas cobraron tanto miedo cuanto nunca tuvieron antes. Un cierto moro, del linaje de los Almohades, avisado en África del peligro que su gente corria, con esperanza de fundar un nuevo Estado, y deseoso de acaudillar las reli-

quias y fuerzas de los moros de España, pasó á Ultramar; la voz era vengar por las armas la afrenta de su nacion y las injurias que se hacian á la religion de sus padres. Pudiera este acometimiento ser de consideracion, si no atajaran sus intentos la diligencia de los nuestros y la buena dicha del rey, que le prendió y hobo á las manos: con qué industria ó en qué lugar, no se escribe ni aun refieren el nombre que el moro tenia, ni lo que dél se hizo; en el caso no se duda.

Á Alhamar, rey de Granada, otorgó treguas por un año el rey D. Fernando; con que gastados no ménos de trece meses en aquella empresa y jornada, dió la vuelta á Toledo, do su madre y mujer le esperaban, alegres con las victorias presentes. De allí pasó á Búrgos, y trasladó la universidad de Palencia, que fundó el rey D. Alonso su abuelo, á la ciudad de Salamanca. Convidóle á hacer este truco la comodidad del lugar, por ser aquella ciudad muy á propósito para el ejercicio de las letras: el rio Tórmes que por ella pasa la hace abundante; su cielo saludable y apacible, finalmente, propio albergue de las letras y erudicion. Pretendia otrosí con este beneficio ganar las voluntades del reino de Leon en que estaba Salamanca; y aun D. Alonso su padre, rey de Leon, los años pasados, para que sus vasallos no tuviesen necesidad de ir á Castilla á estudiar, enderezó en aquella ciudad cierto principio de universidad, pequeña á la sazón y pobre, al presente por el cuidado y liberalidad de don Fernando su hijo, y más adelante por la franqueza de D. Alonso su nieto, como de príncipe muy aficionado á los estudios y á las letras, se aumentó de tal suerte que en ninguna parte del mundo hay mayores premios para la virtud, ni más crecidos salarios para los profesores de las ciencias y artes.

D. Diego de Haro, señor de Vizcaya, primera y segunda vez, no se sabe la causa, pero anduvo por este tiempo alborotado: la blandura del rey D. Fernando y su buena manera, y el cuidado que en ello puso D. Alonso su hijo, le hicieron sosegarse con dalle mayores honras y hacelle más crecidas mercedes que antes, en que se tuvo consideracion á los servicios de sus



antepasados; además que era mala sazón para ocuparse en alteraciones domésticas por la buena ocasión que se ofrecía de desarraigar el nombre y nación de los moros de España. Sucieron estas cosas el año mil doscientos cuarenta; el cual año no sólo para Castilla fué dichoso, sino también señalado, y de mucha devoción para los aragoneses por el milagro que sucedió en el castillo de Chío. Por la ausencia del rey, los soldados que quedaron de guarnición en Valencia, salieron en compañía de Guillen Aguilon y de otros caballeros á correr y robar las tierras de los moros; cargaron sobre el territorio de Játiva, y tomaron á Rebolledo de sobresalto. En aquellos montes estaba el castillo de Chío, como llave de un valle muy fresco y abundante. Pusieron sobre él: los cercados con alumadas apellidaron en su ayuda á los moros de la comarca, que se juntaron en número de veinte mil, y asentaron sus reales á vista del castillo. Los cristianos eran pocos, mas valientes y animosos; determinados de pelear con aquella morisma, con el sol se pusieron á oír misa, á que querían comulgar seis de los capitanes; en esto oyeron tal alarido en los reales por causa de los moros que de repente los acometieron, que les fué forzoso dejada la misa acudir á las armas. El preste envolvió y escondió las seis formas consagradas en los corporales, que, vencidos los moros, hallaron bañados en la sangre que de las formas salió. Ganada la victoria, forzaron luego y abatieron aquel castillo. Los corporales se guardan en Daroca con mucha devoción; la hijuela en un convento de dominicos de Carboneras, puesta allí por su fundador D. Andres de Cabrera, marqués de Moya, ca la hobo por el mucho favor que alcanzó con los Reyes Católicos.

Vuelto el rey D. Jaime, los moros se le quejaron de aquella entrada fuera de sazón, y él les hizo enmienda de los daños. Verdad es que luego que espiraron las treguas, con mejor orden rompió por sus tierras, en que tomó el castillo de Bayren, puesto en un valle en que se da muy bien el azúcar y arroz como en toda aquella campaña de Gandía: ganóse también Villena. Cercaron á Játiva, mas no se pudo to-

mar, si bien rindieron á Castellon, que está una legua solamente de aquella ciudad. Hallábase el rey D. Jaime ocupado en esta guerra, con que pretendía desarraigar la morisma de aquella comarca toda, cuando otros mayores cuidados le hicieron alzar la mano para acudir á las cosas de Francia que le llamaban.

Compuestas, pues, y ordenadas las cosas conforme al tiempo y al lugar en la una provincia y en la otra, es á saber, en Castilla y en Aragon, en un mismo tiempo el rey don Jaime trataba de la jornada de Francia, y el rey D. Fernando de volver á la empresa de Andalucía. Sin embargo, una grande enfermedad, de que el rey D. Fernando cayó en la cama, fué causa de que no pudiese salir de Búrgos; así D. Alonso, su hijo mayor, fué forzosamente enviado delante á aquella guerra, á causa que el tiempo de las treguas concertadas con el rey de Granada espiraba, y era menester acudir á los nuestros y que no les faltase el socorro necesario. Llegado D. Alonso á Toledo, se le ofreció ocasión de otra cosa más importante, y fué que los embajadores de Hudiel, rey de Murcia, venían á ofrecer en su nombre aquel reino con estas condiciones: que el rey Hudiel, recibido en la protección de los reyes de Castilla, fuese defendido por las armas de los nuestros de toda fuerza y agravio, así doméstico como de fuera, y en particular le ayudasen contra las fuerzas del rey Alhamar, al cual conocía no poder resistir bastantemente; que en tanto que él viviese, para sustentar su vida quedasen por él la mitad de las rentas reales.

Estas condiciones parecieron al infante don Alonso muy aventajadas, y la fortuna (cierto Dios) ofrecía una buena ocasión de una grande empresa y prosperidad. Era menester apresurarse, porque si se detenía, todos ó la mayor parte no mudasen de parecer; tan grande es la inconstancia y mutabilidad que tiene la gente de los moros. Por esta causa, sin esperar á dar parte á su padre, como á cosa cierta se partió luego tras los embajadores que envió delante. Llegado sin dificultad, se apoderó de todo y puso guarniciones en el reino que de su voluntad se le entregaba, en especial en el mismo



castillo de la ciudad de Murcia; los señores moros, conforme á la autoridad de cada uno, fueron premiados con señalales ciertas rentas cada un año. La ciudad de Lorca, que de los antiguos fué llamada Eliocrota, la de Cartagena y Mula no quisieron sujetarse al señorío de los cristianos ni seguir el comun acuerdo de los demas. Era cosa larga usar de fuerza, y D. Alonso no venía bien apercebido para hacer guerra, como el que vino de paz; por esto, contento con lo demas de que se apoderó, volvió por la posta á su padre, que ya convalecido, era llegado á Toledo, y alegre con tan buen suceso y deseoso de confirmar los ánimos de los moros en aquel buen propósito, determinó de pasar adelante y visitar en persona aquel nuevo reino; hállase un privilegio suyo dado en Murcia al templo de Santa Maria de Valpuesta en aquella sazón.

Desde allí fué necesario que el rey D. Fernando y D. Alonso su hijo volviesen á Búrgos por cosas que se ofrecían de grande importancia. En el mismo tiempo, doña Berenguela, hija del rey, se metió monja, y consagró á Dios su virginidad en el monasterio de las Huelgas. D. Juan, obispo de Osma, le puso el velo sagrado sobre la cabeza, como era de costumbre. D. Jaime, rey de Aragon, se entretenía en Montpellier, donde despues de asentadas las cosas de Aragon y dejando para el gobierno en su lugar á D. Jimeno, obispo de Tarazona, era ido. Viniéronle á visitar los condes de la Proenza y de Tolosa; la voz y color era que estos príncipes querían hacer reverencia al rey y visitalle; pero de secreto se trató que el conde de Tolosa hiciese divorcio con doña Sancha, tia del rey D. Jaime; es cosa ordinaria que ningun respeto ni parentesco es bastante para enfrenar á los príncipes cuando se trata del derecho de reinar. Doña Juana, como nacida de aquel matrimonio, por no tener hermanos varones, había de llevar como en dote á D. Alonso su marido, conde de Potiers y hermano de Luis, rey de Francia, la sucesión del principado de su padre. Esto llevaba mal el rey D. Jaime, que á los franceses se les allegase un estado tan principal; buscaban algun color para que, repudiada la primera mujer, el conde se casase con

otra, y por este orden tuviese esperanza de tener hijos varones. Era esto contravenir á lo concertado en París, como se dijo arriba.

Acordóse que para este efecto y para prevenirse contra el poder de Francia, los tres príncipes hiciesen liga entre sí: efectuóse y tomóse este asiento á cinco del mes de Junio año de mil y doscientos cuarenta y uno. En el mismo año á veintidos de Agosto murió Gregorio IX, pontífice romano. Sucedió Celestino IV, por cuya muerte, que fué dentro de diez y siete dias despues de su elección, Inocencio IV deste nombre, natural de Génova, despues de una vacante de veinte meses se encargó del gobierno de la Iglesia romana. En tiempo destes pontífices, Hugon, fraile dominico y cardenal, natural de Barcelona, famoso por su mucha erudición y letras, escribía largamente comentarios sobre los libros casi todos de la Escritura Sagrada. Este famoso varón fué el primero que acometió, con ánimo sin duda muy grande de hacer las concordancias de la Biblia, obra casi infinita; la cual traza puso en ejecución y salió con ella ayudado de quinientos monjes. La diligencia de Hugon imitaron despues los hebreos y también los griegos; con que no poco todos ayudaron los intentos de las personas dadas á los estudios y letras.

Entre tanto que en Francia pasaba lo que se ha dicho, en el Andalucía, concluido el tiempo de las treguas que se concertó, se hacia la guerra, ni con grande esfuerzo y pujanza por estar el rey D. Fernando embarazado en otros cuidados, ni con suceso alguno digno de memoria por la una ni por la otra parte; bien que D. Rodrigo Alfonso, por sobrenombre de Leon, hermano bastardo del rey D. Fernando, en una entrada que hizo en las tierras de Granada con intento de robar, quedó vencido en una pelea por los moros, que en mayor número se juntaron. Murieron en la pelea D. Isidro, comendador de Mártos, que ya era aquella villa de los caballeros de Calatrava, y Martin Ruiz Argote, con otras personas nobles y de cuenta, y soldados en gran número; que fué una gran pérdida para los nuestros, así de gente, como mengua de reputación, por lo cual más que por la verdad y realidad de las cosas se suelen gobernar los su-